



LOS NIÑOS

Por esa calle las ventanas miran la paciencia de la
muerte.
Allí, los niños juegan con húmedas vasijas de llanto,
con pequeños monos de cuerda y pálidas cornisas llenas
de crepitante moho. Los niños juegan con extraños
tatuajes,
niños sin palabras, mejillas que los profundos despojos
señalaron en el reseco tul del tiempo.
El perfil de una paloma grita sobre la lluvia del sol.
**Nadie reconoce a la extraña, a la devoradora que
camina
por esta calle con un tosco ataúd de seda.** Los niños
interrogan
al aire con un reborde de escamante ternura; los niños
estremecidos y ávidos,
oscuros,
tristes,
en la ciudad que furiosamente olvida la paciencia del
amor.
Una abierta luz cae sobre las bocas. Las presencias
levísimas
que arden en los andenes del balcón, la antigua y
hacinada
costumbre del pájaro que cruje en los zaguanes, la leve herida
del reposo que el sueño convoca, iluminan esta calle
donde los corazones
andan ráidos con sorda inocencia.
Igual que las hechizadas estampas que reposan en el
fondo
de una gruta, estos niños arden locamente bajo el acecho
de una túnica llena de polvo. Están allí, en esa soledad,
en ese imperceptible rincón de un barrio de Buenos Aires,
con esa pesadilla, con esa médula que grita, que se
quema
gritando, mientras por el aire pasa una paloma,
un resumen de bosque que desvela la calle
donde los niños juegan sin la saliva del remordimiento.

Francisco Tomat-Guido